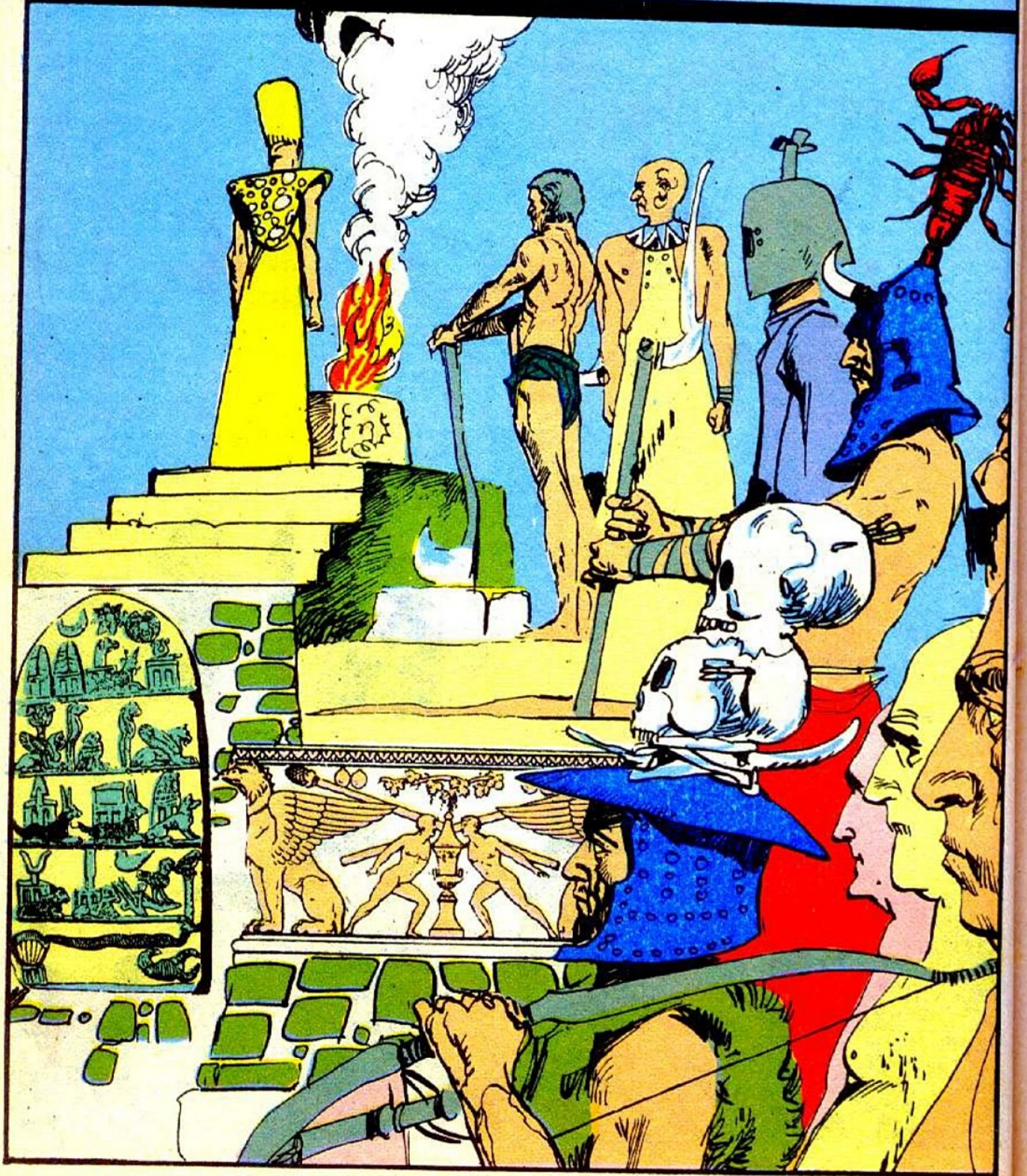


NIPPUR de LAGASH

LOS FANTASMAS DE SANGRE

Por **ROBIN WOOD**

Dibujos de **LUCHO OLIVERA**





Pudo haber sido un animal o un pájaro, hasta el mismo viento que soplaba esa mañana. Cualquiera de esas cosas menudas y comunes pudo mover las ramas del arbusto.

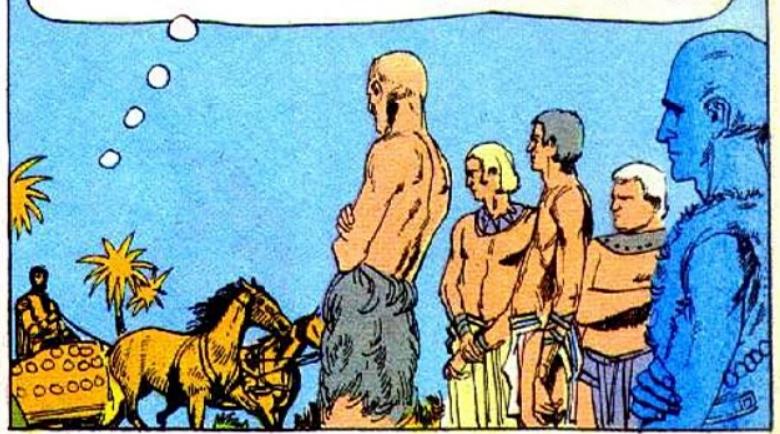
Pero yo supe que no era ni un animal ni el viento aunque soplara. Intuí la presencia humana oculta tras el verde y las pequeñas florecillas pintadas.



(¿Serán asaltantes? Tal vez...)



(Allí veo algunos jóvenes... Parece que aguardan a alguien...)



No es el manco, Huri. Es sólo un viajero. Ya lo veo. Ocultémonos otra vez.



(Ese al que aguardan debe ser más importante que sus mismas cabezas. El sol las ha transformado en patos a las brasas.)



Seguí de largo junto al matorral donde se ocultaran los jóvenes sin volver al cabeza. Ellos no llevaban armas y no parecían deseosos de molestarme.



Pero una sola vez doblado un recodo del camino detuve mi carro y lo dejé oculto entre los árboles. Luego desandé lo andado y...



(Estoy curioso...)

En las cercanías donde el grupo se hallaba me aposté tras una roca acomodando el cuerpo para la espera. El guerrero sabe cómo hacer para que la vigilia sea más soportable. Todo guerrero debe tener algo de cazador.



(Tal vez lo que hago es una tontería pero de todas maneras las tonterías son al hombre lo que las pulgas al perro.)





Tú no eres hijo del Sol, Huri. Sólo eres un mortal de carne perecedera. No eres un hijo del Sol...



Esto te va a costar todo el aliento de tu cuerpo y la sal de tu alma, Murumin.

No temo...



¡Alto!



¿Quién eres tú? ¿Qué deseas?

Apártate de este hombre. No es bueno que muchos ataquen a uno.



Soy Huri, hijo del patesi de En-Mel-Arna, la ciudad de las orillas del mar, y tengo potestad para juzgar y sentenciar criminales. Por lo tanto no te coloques en el camino de la justicia.



Me refí de buen grado. Y Huri, hijo del patesi, pareció irritado.

No uses palabras rimbombantes, muchacho. La justicia es anillo que cabe en muchos dedos aunque esté hecho para uno solo.



Y ahora apártate de ese hombre.

Te advertí que...



Avancé un paso y apoyé la mano en la empuñadura de mi espada. Bastó ese gesto para que callara. En sus ojos se encendió la llama amarilla de los cobardes.

Sólo te haré una advertencia. Vete.



Retrocedieron paso a paso, buscando palabras o gestos que salvaran la humillación. Los jóvenes tienen cosquillas en su ánimo. Eso los lleva muchas veces a la muerte. Por fin...

No tenemos armas y no lucharemos, pero tú te arrepentirás.

Si tuviera un ladrillo de adobe por la amenaza de cada tonto con el que me he cruzado en la vida, podría levantar una torre que superara las tumbas de los reyes de Egipto. No juegues más con tu suerte. Vete...

Los observé hasta que se perdieron tras el camino de rocas y recién entonces me volví hacia el joven caído.

Déjame ayudarte.

Alzó su rostro hacia mí. Un rostro pálido, ajado y marchito con grandes ojeras y surcos de sufrimiento. Me impresioné.

¿Quién eres?

Me llamo Murumin, hijo del muerto patesi de En-Mel-Arna...

Allí manda ahora el padre de Huri, ¿verdad?

Lo llevé hasta mi carro y encendí fuego y cociné carne. Estaba famélico y devoró desesperadamente.

¿Cuánto hace que no comes?

No sé. He vivido en una salvaje pesadilla día tras día, en medio del delirio y la incredulidad.

Cuéntame...

"Mi padre era patesi en En-Mel-Arna; era un hombre justo y severo, sacerdote y soldado. El puerto dejaba grandes ganancias a la ciudad y mi padre las distribuía equitativamente evitando la riqueza desmedida en algunos."

"Eso irritó a los mercaderes. Entonces mi padre tomó una decisión: los convocó para el juicio divino de sus actos. ¿Sabes cómo es?" - "No."

"Te lo diré. Los patesis son padres e hijos en nuestra ciudad desde tiempo inmemorial y vienen del linaje del hombre del brazo de fuego. En el templo junto al mar conservamos la llama que nuestro antepasado encendió."

"Allí, con la mano izquierda hundida en el fuego, mi padre conjuró a los dioses y casi de inmediato una bandada de palomas llegó junto a él. La voluntad de los dioses apoyó a mi padre."



"Pero el mal estaba en marcha, ¡oh sí que lo estaba! Mi padre no permitía que los habitantes de la ciudad tuvieran trato con los marineros y los extranjeros que comerciaban con ellos y la gente estaba descontenta."



"Los hombres de la ciudad querían acercarse a las mujeres extranjeras que danzaban con velos y las jóvenes suspiraban por los corpulentos guerreros que veían desde sus casas. Además querían el oro, las joyas y los vinos que el espíritu severo de mi padre no permitía entre ellos."



"Les pintaron libertades embriagantes y el pueblo miró con odio a mi padre. Y un día, cuatro jóvenes de túnicas negras se le acercaron cuando caminaba junto al mar."



"Lo acuchillaron sin que él se defendiera. Cuando se sintió morir caminó hacia el mar y se dejó hundir entre las olas. Entonces el cielo se nubló, un trueno hizo temblar la tierra y los peces aparecieron muertos por miles en la playa."

"No se atrevieron a matarme por miedo a la cólera de los dioses y se conformaron con mutilarme para que nunca pudiera mi mano izquierda llamar al fuego y a los dioses."



"Desde entonces 'vago', loco de visiones por los campos sin aljarme de la ciudad. Siento tinieblas espantosas dentro de mí y fantasmas de sangre que me atormentan."



Y la ciudad canta y baila, ebria de libertinaje, borracha de placer ya sin el freno de mi padre. Maldita sea en todas las épocas por venir.



Deberías irte de aquí...

-Lo he pensado. Deseo ir a un templo y consagrarme a la oración pues siento sabor a cenizas y vinagre cuando pienso en los hombres. Pero no puedo...



¡No puedo! ¡Hay fantasmas que me enloquecen desde el mar, desde el fuego y desde el aire! ¡Toda la naturaleza y sus fuerzas parecen estar hinchándose y a punto de volar sobre la ciudad!



Te matarán. Tú les recuerdas su delito. Hoy han intentado apedrearte. Mañana te apunalarán. Debes irte.





Hombres de todas las razas pululaban mezclados con el pueblo. Negros, amarillos, hicsos, egipcios de caderas angostas y helenos de hermosos rostros. Incluso vi hititas de corvas narices y ojos de bestias feroces.



Y entonces vi a Huri entre esos hititas. Debían ser guerreros contratados para proteger al nuevo patesí.

¿Tú...?

Estaba encantado y muy conflado en sus hercúleos hititas de cuellos de toro. Se acercó sonriente y excitado. Los hititas también se movieron con gran entorchocar de bronce y espadas, sombríos y alatas.

Me alegro de verte, extranjero. Recuerdo que fuiste muy insolente cuando yo estaba desarmado.

El cobarde es un hombre que siempre está desarmado aunque el peso de sus armas lo haga caer al suelo.



¿Cómo te permites hablar así? ¡Te...!



¡Ahhhh!

¡SK



¡A él! ¡Sujétenlo!

Los hititas lo miraron un segundo con desprecio. Luego pensaron en el oro y vinieron hacia mí.



No te resistas.

No me gustan los hititas, esa raza dura y obstinada, cuya única cultura está en el filo de sus espadas y en las grandes espaldas de sus guerreros.



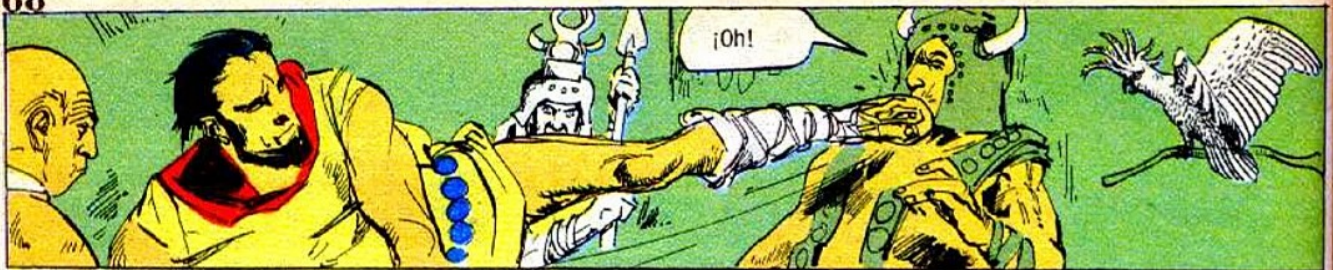
Fuera la mano.

Te dije que...



¡Ahhhh!

¡HUGH!



Se echaron sobre mí todos. Y eran maestros de la lucha, pero si ellos eran buenos, yo era mejor y decidí dejar a cada uno un recuerdo mío. Y hundí los dientes de uno con mi rodilla...

Y rompí algún hueso... Un brazo retumbó bajo una palanca mía y mordí ferózmente una cara; sentí sabor a sangre...



¡Quieto...

Hombre o como te llames, pagarás con tu vida el haber levantado tu mano contra el hijo del patesi...



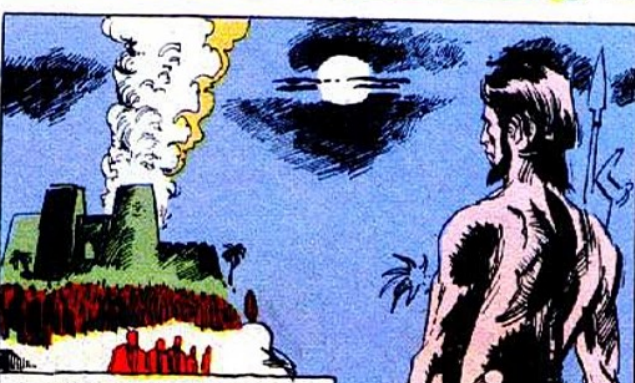
Me llevaron a las celdas cavadas bajo tierra y allí me dejaron... (Fue una estupidez venir...)



(Pero fue como dije... Hay fantasmas de desprecio y orgullo en mí...)



Afuera. Síguenos.



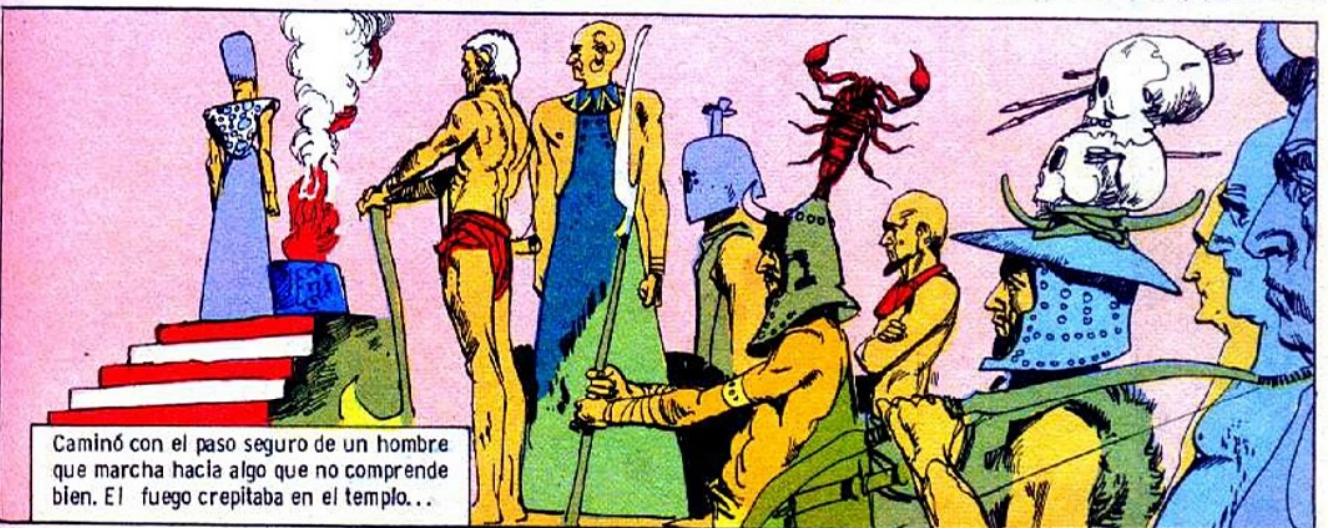
El pueblo estaba agolpado en las orillas del mar junto a un pequeño templo en cuyo interior vi un fuego violento que parecía hervir y escupir chispas.

(El fuego del que habló Murumin...)

(Y allí está Huri... Y su padre...)



Resplandecían de oro y joyas pero no parecían felices. El patesi echaba vistazos furtivos hacia el mar que bramaba guturalmente desde la oscuridad como un animal al acecho...



Vi al patesi dirigirse al fuego como un espectro terrible y fantasma. Las llamas encendían chispas en las lanzas y los cascos de los hititas.



(Entra en el templo...)

Lo vimos vacilar un momento frente al fuego...



Luego extendió la mano y la hundió entre las llamas.



Tuvo un gesto triunfante y nos sonrió loco de soberbia.



¡Lo hizo!

Entonces un trueno espantoso nos hizo rodar casi por los suelos mientras todo se estremecía.



¡Terremoto!

Vi al patesi chillar espantado mirando las llamas como si viera algo terrible. Gritó:



¡No! ¡Tú estás muerto!
¡No! ¡Vete!



¡Ahhhh!



¡El mar! ¡Cuidado...!



¡Ahhhh!



(No pierdas la cabeza, Nippur... Eres buen nadador... No pierdas la cabeza...)



¡Ahhh!



(¿Y Murumin?)



(¡Está allí! ¡Es increíble!)



¿Cómo te has podido salvar?

Floté junto a una gran plancha de madera a la cual me icé.



Has tenido una gran suerte...

¿Suerte? ¿No has notado algo extraño, Nippur?



¿Qué?



Tú y yo somos los únicos que nos hemos salvado.



Contemplé la superficie negra del agua y pensé en la ciudad que yacía debajo con un escalofrío. Entonces recordé...

El patesí gritó como si viera algo en el fuego... algo que brotó frente a él...

Tal vez...



Tal vez todo el pueblo debió gritar por su voz en ese momento. Pero ya los dioses estaban sordos y los fantasmas sangrientos levantaban las aguas del mar.



No dije nada. Miraba helado y vacío las aguas negras que se aquietaban. Aquí y allá comenzaban a flotar algunos bultos blancos...

Fin